

El propio suelo

Los cristales de la sal

CRISTINA BENDEK

Laguna Libros, Bogotá, 2019, 234 pp., il.

CUANDO ALGUNAS palmeras de México dejaron de dar frutos, a Victoria Baruq la ciudad se le convirtió en un pueblo y fue el momento de volver al lugar donde nació: San Andrés. La rutina puede convertir cualquier territorio, por inmenso que sea, en un espacio mínimo. La narradora y protagonista de *Los cristales de la sal* regresa al lugar donde creció y con cierta distancia se reconstruye a sí misma. Hay cosas sobre las que es mejor ni enterarse, como que en la ascendencia hay un trastatarabuelo que fue un colono esclavista. “¿Qué habrían sentido quienes podían comprar a una persona y disponer de ella?” (p. 77), se pregunta Victoria. La primera novela de Cristina Bendek trae al presente tristes imágenes de la esclavitud, retrata la identidad de los isleños, la historia raizal y los movimientos sociales de resistencia que se narran en un cruce de maneras de comunicarse propio de los habitantes de la isla.

“En la crítica de la literatura colombiana las islas no fueron consideradas, en general, sino a partir de los primeros años de este siglo XXI, tras la Constitución de 1991”, ha señalado Mónica María del Valle, doctora en estudios culturales, así que, teniendo en cuenta que la historia de las letras escrita en este territorio ha sido considerada recientemente y poco difundida, esta novela sienta un precedente importante y, además, merece destacarse al haber sido escrita por una mujer joven.

En esta historia se dibuja el reencontro con los orígenes y el entorno para volver a uno mismo. La búsqueda sirve para autoemanciparnos y, al mismo tiempo, borrar marcas invisibles que nada tienen que ver con la persona que somos. Al recorrer estas páginas se plantea la oportunidad de verse a uno mismo como isla. El principio que se renueva a cada instante es lo único que permite ir adelante, llegar a ese lugar primario de la existencia donde no hay fronteras, razas ni cargas más allá de las que impone la propia cabeza. Se

puede investigar y leer documentos oficiales sobre la genealogía en un territorio en el que han confluído África, el Caribe y Europa, y al final siempre hay cabos sueltos, incomprensiones o decepciones por los antepasados.

Con tintes de humor, con una facilidad para la descripción del entorno y la manifestación de sentimientos, la autora conduce al lector por un viaje que lleva a preguntas personales: ¿hasta dónde llega mi identificación personal y cuál es el la frontera que comparto con los demás?

Los cristales de la sal hace un retrato geopolítico con referencias muy precisas a la historia de la isla, el Fallo de la Corte de La Haya en 2012 sobre el Litigio entre Colombia y Nicaragua, y mira mucho más atrás hasta la invasión de los españoles, los ingleses y los bucaneros. Se trata de una narración histórica y libertaria que combina el pasado y el presente de la isla, y que la autora suaviza con instantes poéticos: “Que venga algo, que algo terrible nos salve, porque incluso después de la muerte estaré llevando mis dudas a la otra vida, adonde nazcamos de nuevo” (p. 131). La incertidumbre está siempre en quien regresa a recobrar caminos andados y reinstaurarse en un lugar que tiene la vieja novedad en las olas del mar. *Los cristales de la sal* permiten al lector visitar San Andrés y dejarse encantar por la belleza natural de una imagen como la de los pescadores, a quienes no les pasan los años.

Con espontaneidad, aparecen situaciones que muestran los riesgos de ser mujer, aunque son enfrentados con el arma de una chica que conoce sus límites, y se evidencian al lector sin exageraciones ni fanatismos. La protagonista reconoce una situación en la que está vulnerable, al tiempo que la enfrenta haciendo un gesto con soltura a modo de resistencia. En esta historia llaman la atención los caminos que sin limitaciones ni lamentaciones recorre una mujer sola.

Canciones de reggae se cuelan en la narración que aliviana cuestionamientos existenciales de la protagonista o conversaciones políticas y sociales entre los demás personajes. Es una novela con poesía, contemplación y análisis que deja ver el amor propio, lo que queda tras un fracaso amoroso y la búsqueda de una ruta que conduzca

hacia algún lugar. Parece definitivo que no hay más grande condena que aquella autoimpuesta: “Pensé en los quietos, en los muchos sujetos ciegos, sordos y mudos de la historia oficial, en su bola de deseos repetidos, angustias legadas por una mano invisible” (p. 79), escribe la autora. Pero también es importante detener los cuestionamientos y apartarse de la sangre cachaca, árabe, isleña, jamaicana e irlandesa que puede haber en un mismo cuerpo para simplemente estar consigo misma.

La novela no está exenta de fotografías sobre la degradación de un paraíso por el aumento de la contaminación y la pérdida coralina, así como sobre la masacre de cangrejos negros que sucedió tras la construcción de inmensas carreteras que fueron muestras de modernización inauguradas por el dictador Gustavo Rojas Pinilla.

Aunque el texto permite una lectura fluida y placentera, por su lenguaje literario llamativo y sencillo, hay ocasiones en que se hace necesaria una pausa dada la dificultad para entender diálogos en creole, o para informarse acerca de la historia política de la isla. Son varias las referencias a temas de gobierno y relaciones internacionales en la novela, debido a los estudios profesionales que en ese campo realizó la autora, quien además se dedica al periodismo y ha publicado varias entregas sobre el litigio del mar del archipiélago de San Andrés y Providencia.

Los cristales de la sal, primera novela de Cristina Bendek, ganó en 2018 el Premio Nacional de Novela Elisa Mújica que Idartes y Laguna Libros otorga a mujeres novelistas colombianas. La habilidad de la autora para llevar el lector al lugar de sus palabras, dentro de un tema poco explorado en la literatura nacional, como el que narra aquí, la hicieron merecedora del reconocimiento que hizo posible la publicación de su ópera prima. La sal de los mares son los isleños, dice la autora, pero, más allá de un acercamiento a la memoria, a los orígenes, al lugar de nacimiento, esta novela hace pensar sobre nuestra libertad, la amplitud del propio suelo que vamos armando con nuestros pasos.

Laura Latiff